

VICTORIA INÉS DARLING

Profesora de Ciencia Política y Sociología en UNILA

Un fantasma



Existen fantasmas y fantasma. Virus y virus. Pandemias y pandemias. La del corona comenzó en el incipiente nuevo epicentro del mundo capitalista, en las entrañas del imperio que se erige sobre el excedente de miles y millones de horas de trabajo asalariado. Hizo estragos. Luego, migró a Corea del Sur, y a Europa Occidental y a Estados Unidos. Migró legalmente, claro, sino, no hubiese pasado.

Paradójicamente, las grandes pasarelas de la moda global se convirtieron en los escenarios más sanguinarios y menos estéticos: Londres, Madrid, Paris, New York.

El fantasma arrasa con los lazos sociales, los vínculos, las emociones compartidas, las caricias, los abrazos y el saludo de beso. Quiénes más desiguales, más se saben afectados porque acá las cosas son así, a los y las abuelas, se las abraza, se las mima y se las besa. Pero, si existe una certeza es que la desigualdad no es tema de tapa de periódicos, tampoco las caricias.

Y mueren. De a cientos y cientos por día mueren. No sabemos sus nombres, sus problemas ni pesares, sólo sus edades. Y eso parece alcanzar. Los nombres de las víctimas del virus, sus anhelos y sueños truncados, no son tema de periódicos.

Hoy, no es tiempo de descanso, ojo. Quienes pueden hacen *homeoffice*, o sea, trabajan desde casa empeñando músculos, nervios y energía. Quienes tienen casa, claro, y quienes tienen trabajo, obvio. Y es que quienes no tienen casa ni trabajo no aparecen en la tapa de los periódicos. Y quienes trabajan en casa desde hace siglos, llevando adelante las tareas de cuidado... bueno, deben estar haciendo otra cosa porque eso del trabajo desde casa o *homeoffice* no parece incorporarlas en las estadísticas. Tampoco en los periódicos.

Y el virus se fortalece, y quedan en el mundo y en las sociedades más prósperas los más eficientes, los y las más jóvenes, los y las que pueden trabajar desde casa. El comercio online arrasa, las transacciones bancarias no cesan, las economías se restablecen y el mercado financiero encuentra renovadas razones para florecer. La bancarrota es para las pequeñas tiendas, para los trabajos productivos manuales, para las cocineras y los mecánicos, para los kioscos, para los y las trabajadoras informales que ahora, deben respetar la cuarentena. (¿El hambre se toma cuarentena?)

La policía está en la calle más robusta que nunca, los militares tomando los espacios públicos, cómo no, los gobiernos menos inteligentes lanzan proclamas que van por cadena nacional. Misterioso el fantasma que recorre el mundo. Tan viejo y conocido como pocos fantasmas más útiles para los mismos fines. Qué acabe la pandemia, qué sea pronto, lentamente o del golpe y porrazo, pero que con ella acabe de caer el velo de quienes creen que las desigualdad socioeconómica es asunto de otrxs.



“Autorretrato en la frontera entre México y los Estados Unidos”, Frida Kahlo.